



Erasmus Zarzuela Chambi
"Ruleta" Óleo 50 x 50 cms

¡Si uno pudiera encontrar lo que hay que decir, cuando todas las palabras se han levantado del campo como palomas asustadas! ¡Si uno pudiera decir algo, con sólo lo que encuentran, una piedra, un cigarro, una varita seca, un zapato! ¡Y si este decir algo fuera una confirmación de lo que sucede; por ejemplo: agarro una silla; estoy dando un durazno! ¡Si con sólo decir "madera", entenderas tú que florezco; si con decir calle, o con tocar la pata de la cama, supieras que me muero!

Jaime Sabines en: *Diario semanario y poemas en prosa*



el duende
director: luis urqueta m.
consejo editor: alberto guerra g. (f)
benjamín chávez c.
erasmo zarzuela c.
coordinación: julia garcía o.
diseño: david ángel illanes
cañilla 448 teléf. 5276816-5288500
e-mail: oruduende@yahoo.com

Las enseñanzas de la muerte

La muerte no enseña nada, ya que muriendo perdemos el beneficio de la enseñanza que ella nos proporciona. Podemos, es cierto, reflexionar sobre la muerte de los otros. Podemos trasladar sobre nosotros mismos la impresión que la muerte de los otros produce. A menudo nos imaginamos en la situación de aquellos a quienes vemos morir, pero precisamente sólo podemos hacerlo a condición de vivir. La reflexión sobre la muerte es tanto más irrisoria cuanto que vivir es siempre un distraerse de la muerte, y nos es inútil realizar penosos esfuerzos pues si la muerte está en juego, hablar de ella resulta la más pura y profunda mistificación.

No es importante morir, ni reflexionar sobre la muerte, ni hablar acerca de ella sino que debemos responder con precisión a los elementos básicos del problema.

La reflexión puede partir del amok, singular crisis de violencia frecuente en las Islas de la Malasia.

El amok precipita en la muerte, ya que el poseído está destinado a dar muerte delirante. El amok es súbito, precipitando al asesino en el primer asesinato posible. El amok es la sed y la rabia oscura de matar. Armado de un puñal de hoja ondulada, de un kris malayo, trata de arrojar sobre el primero que llegue y de asestar el golpe.

Al fin hay en una tragedia un moribundo que llega al callejón sin salida: a la solución violenta.

¡Si sólo hubiese podido atraer la atención sobre esto que digo al punto de provocar el efecto de una tragedia!

En efecto, la tragedia posee una cierta superioridad sobre el amok. Y, en última instancia, es cuestión de saber si mi exposición no tiene, por su lado, ventajas sobre la tragedia.

Parto de mi impotencia para expresar aquello de lo cual quisiera hablar. Pero lo que la tragedia misma no puede hacer puedo hacerlo yo, puedo hablar de las consecuencias que tiene para cada uno de nosotros la representación de la tragedia. Lo propio de la tragedia es el silencio que le sigue, silencio que es a mi entender una de sus ventajas. La tragedia no se explica. Aquí, sin embargo, puedo compensar la ausencia de explicación de la tragedia; la tragedia que no se explica está, de todos modos, a merced de las explicaciones. El autor trágico no se explica se encuentra sin defensas frente a las explicaciones de los otros. *Para suprimir la explicación no basta con no darla.* El espíritu humano está hecho de tal manera que la tragedia no se produce sin ofrecer una enseñanza, sin consecuencias. Debe tener consecuencias. En caso contrario, es como si no existiese. Exactamente, se trata de saber si la tragedia no tiene efectos sobre el mundo no trágico, sobre el mundo donde se obra en función de la utilidad o lontanamente. Si está a merced de las explicaciones dadas en el plano de este mundo, o si posee una cierta soberanía.

Creo poder introducir aquí una proposición fundamental. Suponiendo la tragedia y la emoción que resulta de ella, no sólo se nos presenta como soberana respecto de este mundo (esta es una cuestión sobre la cual no insistiré por el momento) sino que lo que ella introduce es precisamente la inadecuación de toda palabra. Ahora bien, tal inadecuación, al menos, debe ser expresada. En otros términos, más allá del amok de la tragedia, puedo ir más lejos diciendo que el amok y la tragedia ponen límite a todo discurso.

En este momento debo oponer a mí mismo el hecho de que no habia ninguna necesidad de mí y que la tragedia puede expresarse por sí misma. Cuando al final de la tragedia, el héroe hundido en el crimen, en la violencia, sucumbe a la violencia, él mismo puede decir, el resto es silencio. Un cuento contado por un idiota y que no significa nada. El resto es silencio. De todos modos, falta esencialmente a estas palabras carácter universal que sólo la filosofía puede darte.

Aquí debo interrumpirme para hacer notar que mi posición se mantiene aún en suspenso. En efecto, la filosofía no puede concederle ese carácter en la medida que es esencial y totalmente aquello a lo cual se oponen las palabras: "Todo el resto es silencio". Si me introduzco en el terreno de la filosofía traiciono entonces de la manera más penosa a mi intuición. De hecho, mi situación no es menos difícil que la de antes, de cualquier manera puedo defendirme aún. Creo que no lo es más. La tragedia también se apartaba pensosamente de lo que buscábamos, ya que justamente lo buscábamos sin precipitarnos nosotros mismos en la muerte. De todos modos, es sobre este punto donde puedo intervenir precisando una exigencia. El amok fracasa si muero. La tragedia también fracasa en la medida que no atrae con bastante fuerza la atención de los vivos que son espectadores, sobre el hecho de que exige de ellos si no la muerte que pone fuera de juego, al menos, la muerte del pensamiento. En otros términos, lo que la tragedia enseña es el silencio, y el silencio no es nada si no pone fin, al menos por un tiempo, al pensamiento. Evidentemente, no hay nada que decir acerca de la muerte.